

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Etranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Barcelona, Dou, 10, ento. 1.^a puerta. En Lérida, Mayor 81 2.^o En Madrid Valverde 24 pr. derecha. En Alicante, San Francisco 28, imprenta

SUMARIO—El pobre mudo.—La vida intima.—Pensamientos de Victor Hugo.

EL POBRE MUDO.

Cuánta compasion nos inspiran esos séres privados de uno de los dones mas hermosos que Dios le ha concedido al hombre: ¡la palabra! ¡la palabra! que forma el ritmo de las ideas, que es la emanacion del alma, la expresion del sentimiento, la comunicacion de los hombres entre sí.

Es verdad que los ojos trasmiten á impulsos de nuestra voluntad todo cuanto sentimos, pensamos y queremos; pero despues de haber mirado fijamente á un sér querido ¿no es verdad que se siente la imperiosa necesidad de decirle.—¡Te amo ¡tú eres mi culto! ¡mi religion! ¿Y tú me quieres? ¡dimelo! Y no basta que el sér amado nos mire, queremos que su voz nos acaricie, queremos que su acento le dé vida á su pasion; por esto los mudos nos inspiran tanta lástima, ¡cuánto dicen sus ojos! ¡qué significativos son todos su ademanes! pero los que nos causan mas compasion son los mendigos privados del uso de la palabra.

De vez en cuando llama un pobre mudo á nuestra puerta, cuando nos vé su semblante se anima con la mas agradable sonrisa, y para decirnos que ha llamado en otras casas y no le han dado limosna, se lleva las manos al corazon y despues golpea la pared y adquieren sus ojos una expresion tan particular, que nos dice claramente:—He pedido pan y no han querido dármele, porque tienen el corazon mas duro que una piedra.

Para demostrarnos su gratitud señala al cielo, despues cruza las manos, reclina su sien en una de ellas, cierra los ojos y nos dice que al acostarse pide á Dios por nosotros para que nos salve de todo peligro, y para pintar el peligro, hace ademanes como el que cae de una altura ó como el que se ahoga: ¡pobrecito!

No hace muchos dias que lo encontramos en la calle, nos conoció y nos saludó con el mayor cariño. Desgraciadamente no llevábamos dinero y se lo hicimos entender enseñándole el porta-monedas vacío; y él hizo con la mano un ademan tan significativo señalando á su corazon y sonriéndose con tanta ternura, que comprendimos perfectamente que nos decía: Con verte tengo yo bastante para alegrarme: no necesito que me des nada.

Siempre que le vemos, le miramos hasta que le perdemos de vista, y nos quedamos dominados por una profunda tristeza, pensando y diciendo:—¿quién será este desgraciado? ¡qué vida tan amarga! ¡tener que mendigar su sustento sin escuchar una voz amiga! ¡qué fatales consecuencias tienen nuestros desaciertos! porque estas ex-

piaciones tan horribles son un saldo de cuentas atrasadas; no hay otra solución.

Todo en la Creación es grande y perfecto, y el hombre, que es el complemento de la obra divina es al que vemos ciego, mudo, tullido, idiota lleno de imperfecciones en todos sentidos que tienen que obedecer á una ley justa, y como la imperfección no es una ley, necesariamente estas deformidades tienen que tener una historia: un efecto tan deplorable tiene que obedecer á una causa mas deplorable aún.

«Tienes razón, nos dice un espíritu, todos esos mendigos que ves hoy por la tierra arrastrándose como los reptiles, solos, abandonados de todo el mundo, los unos sin vista, los otros sin voz, aquellos sin movimiento ó llagados algunos de sus miembros, todos esos desventurados son los tiranos de ayer.»

«Son los Césares de los Imperios.»

»¡Son los generales de los grandes ejércitos que por donde pasaban sus caballos no volvía á brotar la yerba.»

«¡Son los pontífices iluminados por el espíritu santo!»

«Son todos los fuertes, todos los poderosos, todos los que abusaron de su poder, todos los que humillaron á los humildes y martirizaron á los limpios de corazón. compadécelos! que son profundamente desgraciados; fija tu mirada en esos rostros repugnantes, en esos seres sucios y harapientos, y lee en ellos los capítulos de la historia del pasado, estudia en esos infelices el fin de las grandezas humanas, considera á que quedan reducidas todas las vanidades de este mundo y advierte que sin virtud no hay poderío, que sin caridad no se puede entrar en la gloria, que de nada sirve disponer de tesoros y que pueblos enteros presten obediencia á nuestros mandatos, si en nuestro corazón no se alberga el sentimiento, al llegar el día que nos obliguen á hacer el balance de nuestras cuentas, nos encontraremos que aunque llevemos un traje de púrpura seremos los mendigos del universo, los pordioseros de los siglos; y digo esto porque lo sé por experiencia. Me inspiras simpatías porque quieres á los pobres, porque te fijas en sus rostros angustiosos, y concedes á su abandono y á su soledad toda la compasión que necesitan esas almas rebeldes que solo á fuerza de agudos dolores se deciden á cumplir la santa ley de Dios.»

«Escúchame, préstame, toda tu atención, porque sufro mucho y necesito un ser amigo á quien confiar mis penas. Hace muchísimo tiempo que vivo solo, soy uno de los espíritus mas viejos que han encarnado en la tierra, mi historia es una borrasca completa, no recuerdo ninguna encarnación virtuosa, en todas mis existencias he sido un miserable, en todas he abusado de mi poder, material é intelectual. Dios no ha podido ser mas clemente conmigo, ni yo mas rebelde, porque durante muchas encarnaciones he sido amado, unas veces de mis soldados, otras de mis siervos, de mis mujeres, de mis hijos, y yo siempre con un corazón mas duro que el granito, me he sonreído con indiferencia al ver cómo algunos seres se dejaban matar por mí: su abnegación me parecía el cumplimiento de su deber, me creía tan superior á todos que no sabía agradecer.

«En casi todas mis existencias he sido hermoso, me complacía atraer todas las miradas, porque así veía halagada mi desmedida vanidad. Estaba tan acostumbrado á ser obedecido, que cuando algún ser se resistía á ejecutar mis mandatos, me cegaba la ira de tal manera que castigaba cruelmente al infeliz que no me obedecía.

«Recuerdo que en una de mis encarnaciones, siendo yo un príncipe de la Iglesia me llamó la atención una joven novicia, por su maravillosa hermosura; la hice venir á mi palacio, y como estaba acostumbrado á mujeres tan silenciosas que á una leve indicación se me entregaban á discreción, me indigné al ver que aquella niña me dijo, con semblante airado, dando á su voz un tono de amenaza y de desprecio á la vez:

—«¿Qué me quereis? ¿por qué habeis turbado mi reposo? ¿porqué habeis interrumpido mi sueño? ¿no sabeis que á las vírgenes del Señor debeis guardarlas y protegerlas y ampararlas, y salvarlas de toda profanacion? Volvedme á mi retiro, que me asusta el mundo con su iniquidad. Yo he visto al ángel de la luz en mis ensueños y este me ha dicho:—Azucena sin mancha! no abandones el jardin del Señor! esparce en él tus perfumes. ¡Ama á Dios y envíale en tus plegarias tus ósculos de amor!»

«Vos me dais miedo! Vuestro traje de púrpura visto de léjos me inspira respeto, pero de cerca me parece que llevais el traje del ajusticiado ¿qué me quereis? responded, el tiempo que estoy aquí me pesa me parece mentira que he de volver á mi risueña celda donde todo respira inocencia y quietud.»

«Las palabras de aquella mujer avivaron mis lúbricos deseos, y la hice comprender que mi voluntad era superior á todos sus votos, y ella entonces herida en lo mas vivo en su dignidad de religiosa porque era una alma pura, ideal, que estaba en la tierra para recordar á los hombres que habia habitantes en los cielos: me miró de un modo que jamás me olvidaré, diciéndome lo que yo nunca habia oído. Sin duda transmitió el pensamiento de otros séres ultraterrenos, porque era imposible que aquella niña que no tenia cuatro lustros, conociera tan bien mi historia, que era un tejido de crímenes: y despues de decirme uno por uno todos los desaciertos de mi vida me dijo con inspiracion profética:

«¡Ay de tí! Tú que te crees fuerte porque una Iglesia carcomida cubrió tu cuerpo con la púrpura sagrada y te dió joyas, y palacios y soberania: ¿y quién es dueño de tantas mercedes? un ente miserable, sujeto á enfermedades, y el mas pequeño gusano le puede infiltrar el virus de la muerte, y cuando tu cuerpo repose en la fosa, aunque sobre tu frente descansa la corona de ambos mundos, ¿qué harás entónces? qué te importa tener una tumba magnífica aunque esta se asemeje á los sepulcros de los Faraones? ¿si tu poder, si tu fuerza se deshizo en un segundo, y de tanto despotismo solo te queda la esclavitud de la muerte para tu cuerpo y el infierno del remordimiento para tu alma!...»

«Crees que en la tumba termina todo? ¡insensato! ¡insensato! ¿crees quizá que en las moradas del Señor podrás penetrar con tus vestiduras sacerdotales? ¡Ay, no! Lo que a ignorancia de los hombres ha consagrado, ante la verdad suprema, es polvo y ceniza nada mas. Para entrar en los vergeles de los cielos se necesita vestir la túnica de la pureza y de la humildad; hace falta amar al huérfano, amparar á la viuda, sostener el inseguro paso del anciano, hacer el bien, ser casto, ser fuerte, ser digno. ¿Reunes tú estas condiciones? en tí no hay pureza de sentimiento, tu orgullo indomable te aleja de la humanidad, tu refinada astucia te aparta de la sencillez. Tú no amas á los huérfanos puesto que abandonas á tus hijos, no compadeces á las viudas, porque profanando y arrancando sus tocas dejas en su tálamo vacío, la mancha de tu concupiscencia, tu no amparas á los ancianos, puesto que les arrebatas sus hijas para que satisfagan tus impuros deseos.»

«Tú, haces el mal porque te gozas en la destruccion, tú, no eres casto porque hasta eres incestuoso, tú no eres fuerte, puesto que te entregas en brazos de tus pasiones, tú no eres digno porque pisoteas el manto de púrpura de tu alta jerarquía sacerdotal. Tú vivirás, pero vivirás muriendo, y todas las angustias que has causado, y todos los dolores que has producido, repercutirán en tí porque Dios es justo. Tu rebeldia tendrá un término, más ¡ay! tu redencion aun está muy léjos!»

«La voz de aquella mujer producía en mí sér múltiples sensaciones; sentia miedo, pero luego me veía fuerte, poderoso, y me decia á mí mismo: ¿qué pasa por tí? ¿cómo no obligas á esa niña débil á que sucumba ante tu voluntad? me acercaba á ella y ella me apostrofaba de nuevo, y tal indignacion despertó en mí, tanto me hi-

rieron sus proféticas palabras, que la sujeté á un tormento horrible, la hice atar á un poste, hice que le abrieran la boca, y yo mismo con un hierro candente carbonicé su lengua, haciéndola curar despues para hacerle sufrir á viva fuerza todas las humillaciones de que pueda ser víctima una mujer.»

«En aquella misma encarnacion causé la completa ruina de dos familias de la nobleza, porque dos mujeres rechazaron mis lascivas pretenciones, y en venganza, las calumnié de tal modo que las dos murieron asesinadas por la baba ponzoñosa que sobre ellas arrojó mi lengua.»

«Renuncio á pintarte otras encarnaciones porque hasta me dá horror recordarlas, si bien ningun crimen me ha dejado tan triste recuerdo como el martirio de la hermosa novicia. ¡Desdichado de mí! me parece como imposible que Dios se pueda apiadar de un miserable como yo; y sin embargo, no me cabe la menor duda que desde el ángel hasta el réprobo, para todos alcanza su clemencia infinita: nadie mejor que yo puede decirlo. Llegó para mi vida un momento supremo, y aterrado, convulso, delirante, pedí á Dios misericordia, y antes de extinguirse el eco de mi voz ví ante mis ojos á la hermosa novicia, cuyo angélico rostro resplandecía en medio de una aureola luminosa!

«¡Era ella! ella con su belleza celestial! con su mirada magnética en la cual irradiaban los resplandores de los cielos! se acercó á mí diciéndome con acento compasivo:

«¿Dónde están, príncipe de la Iglesia, los pueblos que homenaje te rindieron? ¿Dónde están tus sacerdotes que te llamaban el ungido del Señor? ¿por qué te has despojado de tus ricas vestiduras? ¿qué has hecho de tus mantos de púrpura orlados de armiño? ¿quién ha fundido tu tiara convirtiéndola en liquido hirviente que abrasa tu rostro? Ya no cantan las vírgenes del Señor al entrar tú en el templo! ¡Ya no queman en tu presencia mirra y sándalo para que vivas entre nubes de incienso! ¡Desgraciado! tantos siglos que sigo tus huellas para ver si consigo hacerte comprender la verdad y tu rebeldia há hecho infructuoso mi trabajo; me inspiraste profunda compasion y me propuse salvarte del abismo. Mas ¡ay! que has ido descendiendo, arrastrando en tu caída á millares de séres, infeliz! ¡cuánto tienes que padecer! ¡La misericordia de Dios es infinita! pero igual es su justicia! has tenido todas las riquezas, todos los honores, todos los poderes que un hombre puede desear en la tierra, y nada ha sido bastante para hacerte sentir y progresar. La vida es eterna, y para seguir viviendo has de comenzar á sufrir, has de vivir en la soledad, has de sentir hambre y sed, has de pagar hasta el último cuadrante. Yo nunca te abandonaré, pues por algo que aun no me explico, hace muchos siglos que te amo, tus crímenes me han inspirado invencible aversion, pero al mismo tiempo te amaba como ama la madre al niño desnaturalizado que hiere el seno que le dió la vida, y te he seguido afanosa poniendo en tu camino los gérmenes del bien. Mas ¡ay! que todo ha sido en vano, y tu condenacion fuera eterna si el dolor no te hiciera progresar, pero el dolor despertará tu sentimiento, odiarás á la humanidad millares de siglos, pero amarás al fin, porque el amor es el plan supremo de la vida del hombre; llegarás á ser feliz con el cariño de un irracional. Tú que has sido hermoso entre los hermosos, fuerte entre los fuertes, tú que has tenido el tesoro de la atraccion, que los pueblos á pesar de tus crueldades te han adorado como á un Dios: tendrás encarnaciones en la tierra que nadie te querrá; y entónces, tú amarás la piedra donde reclines tu cabeza, amarás el árbol que te preste sombra, amarás el manantial que calme tu sed, y amarás los insectos que aniden en tus cabellos por ser ellos los únicos que buscarán el calor de tu cuerpo.»

«¡Desgraciado! si Dios aceptará sacrificio como los dioses que forjan los hombres de la tierra, yo iría á ese mundo á mendigar mi sustento para aligerar con mi sufrimiento el peso de tu culpa, pero esto es imposible: yo podré darte aliento, podré

durante tu sueño trasportar tu espíritu á lugares de reposo, pero tu tienes que sufrir la horrible expiacion de tu delito, pues si asi no fuera, Dios no sería justo. Vé á la tierra desventurado! comienza tu penosa peregrinacion que en medio de los mas terribles sufrimientos se derretirá el hielo de tu endurecido corazon. Yo te seguiré siempre, mi amor será eterno, y cuando llegue el dia que puedas sonreir, yo descenderé á la tierra para ser tu compañera, porque te amo con el amor de todos los amores.»

«Yo estaba mudo, estático, no sabia lo que pasaba por mí, la hermosa novicia agitó sus vestiduras de luz, sentí su aliento en mi frente y quedé sumido en una dulce postracion. ¿Cuanto tiempo estuve en aquel estado? lo ignoro, pero al despertar pedí á Dios volver á la tierra, y he vuelto repetidas veces á ese planeta en la posicion mas humilde y desgraciada; pero si tenáz fui para descender al negro abismo del crimen, pertináz soy para el trabajo de mi redencion y confío llegar al puerto de la salud eterna.»

«Mucho llevo sufrido, pero me he resignado con todos mis dolores, he besado los piés del que ha golpeado mi rostro, pareciéndome al perro que lame la mano del que le maltrata, más debo confesarte que mi trasformacion la he debido en mucho á mi ángel tutelar, á la hermosa novicia la de los hábitos de luz: á veces la veía en mis sueños y al despertarme conservaba perfecto recuerdo de cuanto me habia dicho y esto era para mí una nueva vida.»

«¡Cuán bien se cumplió su profecia! cuán solo me he visto, y cuánto tiempo tengo que estar solo todavia!»

«La última vez que estuve en la tierra fui un pobre mudo, por esto al oir tus compasivas palabras dirigidas á uno de mis compañeros de infortunio, he tratado de acercarme á tí y ayudado por un bondadoso anciano, he podido trasmitirte mi pensamiento, por lo que estoy muy agradecido á Dios, á mis espíritus protectores y á tí, pobre penado de otros tiempos que hoy comienzas á compadecer.»

«Te interesan mucho los mendigos, ámalos, todos ellos son espíritus de larga historia. Cuando yo estuve últimamente en ese mundo, ¡me consolaba tanto una mirada de compasion! En muchas encarnaciones he sido mudo, porque mi lengua ha sido uno de mis mayores enemigos, ella me ha ayudado para decir las calumnias mas horribles, para blasfemar como un condenado y lo que mas me duele en mi locura es el haber atormentado á mi ángel de redencion. ¡Oh! por eso he castigado tanto mi lengua para ser martirizado *por do mas pecado habia.*»

«En mi última existencia, fui, como te he dicho antes, sordo-mudo, mi madre murió cuando aun mis piés no se habian fijado en el suelo, mi padre, hombre brutal, profundamente egoista, me odiaba porque comprendia que nunca le seria útil, mis hermanos se complacian en atormentarme cruelmente, y cuando tuve edad para reflexionar, comprendiendo todo lo horrible de mi suerte, me alejé del hogar paterno llorando amargamente, pues como me habia dicho la hermosa novicia, ó sea mi ángel bueno, en el dolor se desarrolló mi sentimiento y amaba todo lo que me rodeaba.

«Abandoné mi pueblo natal y crucé errante villas y ciudades, encontrando en todas partes la misma soledad.»

«¡Qué triste es la vida de un pobre mudo! mi inteligencia tenia un gran desarrollo, Yo media la profundidad del hondo abismo en que me encontraba y ¡me horrorizaba mi infortunio; no me faltaba la limosna; eso no; pero me tiraban el pan como si fuera un perro, y los niños me tenian tal aversion, que siempre me perseguian á pedradas. Un dia unos cuantos chicuelos llevaban á un perro arrastrando con una soga atada al cuello, me inspiró tan profunda compasion, quise arrancarle de las ma-

nos de sus verdugos, y lo conseguí, no sin que antes cayera una lluvia de piedras sobre mí, pero yo era bastante ágil y supe correr de tal modo, que al fin me perdieron de vista, y entonces me senté junto á un arroyo y comencé á mi manera á curar el perro, echando agua sobre su ensangrentada cabeza, poniendo despues en sus heridas hojas de plantas silvestres que até con algunos jirones de la manta que me servia de abrigo, masqué pan y se lo dí, y como el perrro es el animal mas agradecido que hay en ese planeta, pronto con sus caricias pagó mis desvelos.»

«Qué placer tan grande experimenté cuando le ví completamente curado de todas sus heridas! ¡Con qué afan pedia yo entonces limosna! ¡ya no estaba solo! ¡ya tenia un sér con quien compartir mis penas y mis alegrías! En las jornadas demasiado largas le llevaba en mis brazos como si fuera un niño, y él se dejaba llevar tan contento, como yo le daba la mayor parte del alimento que recogia, creció, se puso fuerte, y entonces él fué mi salvador. Los niños dejaron de apedrearme, porque en cuanto él les veia la accion de levantar el brazo se echaba sobre ellos como un leon, así es que llegué á vivir tranquilo, porque ya tenia un sér que tomaba la defensa del pobre mudo.»

«Los dias de fiesta por la tarde me sentaba debajo de un árbol y veia danzar á pocos pásos de mí los jóvenes de los pueblos vecinos. Yo comprendia perfectamente que aquellos séres se amaban unos á otros y los envidiaba, pero luego miraba á mi perro y decia en mi mente: ¡Yo tambien soy amado! y sentia un placer tan grande! ... una alegria tan pura....que colmaba de caricias á mi fiel compañero, el cual me las devolvía con creces.»

«Antes de llegar á la edad mediana, enfermé de inanicion, mi enfermedad fué larga, si bien hasta pocos dias antes de morir pude pedir limosna, y cuando ya no pude dejar la cueva donde me albergaba, mi perro acudió á una casa de campo donde siempre me daban pan en abundancia, y sin duda él se hizo entender con sus aullidos y caricias porque vino un viejo y una mujer á verme, y á dejarme un licor espirituoso para que me reanimara, que así sus señas me lo indicaron; pero mi última hora estaba fijada y dejé la tierra abrazado á mi pobre perro.»

«Durante mucho tiempo yo no podia explicarme como estaba vivo y muerto; veia mi cadáver acompañado de mi fiel compañero, de mi agradecido perro que no me abandonó ni aun despues de muerto, puesto que murió sobre mí.»

«Vi este cuadro constantemente durante un período que no te sabré precisar, hasta que me fué concedido ver mi ángel bueno, á la hermosa novicia, la de los hábitos de luz, que me dijo con la mayor ternura:»

«¡Alienta, pobre espíritu! ya has comenzado á gozar, ya te has visto amado, y has sido recompensado por tu buena accion. No has vivido solo, te ha querido un perro, quizá el mas fiel compañero del hombre, ya has dado el primer paso, tu jornada de angustia es muy larga, pero no interminable; tambien para tí habrá familia, sonrisas y amor! Ya te abrumba la soledad, ya envidias las almas que hacen su nido y trabajan juntas comunicándose con sus miradas sus pensamientos, ya te has considerado dichoso porque un perro agradecido te ha defendido, y al faltarle el calor de tus caricias ha muerto de frio. Ya has comenzado á vivir, porque has comenzado á amar; ahora reposa, descansa tranquilo, necesitas recobrar fuerzas, que has sufrido mucho, ¡pobre mudo de la tierra! Espera y confia, tu hablarás mañana en ese mundo y hablarás para decir—¡yo amo, confio y espero! tu serás uno de los misioneros del porvenir, y entonces, cuando te sea permitido formar familia, yo seré tu compañera, porque te amo con el amor de todos los amores, y agitando sus hábitos de luz desapareció de mi vista como una vision celestial.»

«Hace mucho tiempo que descaba comunicarme con algun sér de la tierra, y al

ver que compadece á los mudos, me he apresurado á decirte que haces un gran progreso ocupándote de los mendigos, porque ellos son los cronistas del pasado. Acepta siempre la comunicacion de los pordioseros, quizá mas verídica que la de los espíritus que os dicen que llevan un nombre ilustre. ¡Hay tantas lumbreras en ese mundo que aquí son nulidades!»

«Aprende en mí. Yo fui grande entre los grandes, sábio entre los sábios, y despues. despues me he creído feliz con el cariño de un perro »

«¡Nadie quiso al pobre mudo que ayer dictó leyes que acataron los emperadores de la tierra.»

«Adios Amalia, te dejo para volver pronto; deseo vivamente comunicarme contigo.... Adios.»

Nosotros tambien deseamos que los espíritus abrumados por el peso de sus recuerdos, nos cuenten sus penas; queremos progresar, queremos compadecer al desgraciado, y de ningun modo se pueden apreciar mejor sus dolores que hablando con los infortunados. Así como en la tierra no deseamos mas lectores para nuestros escritos que los obreros y los necesitados, de igual manera deseamos que nuestros amigos de ultratumba sean tambien espíritus enfermos, desterrados de otros mundos mejores. Nos encontramos bien entre los séres arrepentidos; estamos en nuestro centro cuando hablamos de penas, ¿y cómo nó? si somos uno de los proscritos que en el penal de la tierra sufre la condenada de los trabajos forzados?

¿No viven los peces en el agua y las aves en el aire? ¿no vive cada especie en la zona que le corresponde? pues justo es que nosotros seamos los cronistas de los tullidos, de los ciegos y de los mudos, puesto que así estamos en nuestro elemento.

Brillen los dias serenos para las almas felices, y vivan entre historias de luto los que en la tierra dicen con profunda melancolia: El amor es el sol del alma. ¡Ay de las almas que se mueren de frio!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LA VIDA ÍNTIMA.

¡Cuan desnudas se presentan las miserias humanas en la vida íntima! ¡que despojadas de adornos se ven las cualidades del individuo en el hogar doméstico!

Solo allí es donde puede definirse con precision el carácter del hombre, su cultura, moralidad etc. etc.; y ¡que de decepciones, cuantos crueles desengaños recibe el experto observador! «es tan pequeño el hombre entre su familia generalmente» Cuantas útiles enseñanzas se obtienen de esos exámenes, hechos con el mayor sijilo, uno y otro y otro dia.

Ni el finjimiento, ni el barniz que da la educacion rutinaria, tienen valor en la vida íntima: allí aparecen los hombres tal cual son en su estado normal, y por esto vemos individuos que en sociedad aparecen ser cultos, afables, caritativos etc.; transformados de improviso en huraños, incultos, egoistas; y por el contrario, séres que á la faz del mundo son sérios é indiferentes, y en el hogar de la familia son cariñosos y tolerantes, y es que estos últimos, no siendo hipócritas, no pueden respirar placenteros en nuestros círculos, donde tanto impera el finjimiento, mientras que en el hogar, al suave calor de su atmósfera, su alma siente expansion y aparece á la vez en el rostro el dulce bienestar del espíritu; al par que los primeros no pueden aparecer sonrientes ante la familia, que es, por decirlo así, juez mudo pero inflexible de su pequeñez, y engañan al mundo que solo contempla las exterioridades.

Cuando nosotros adelantamos los primeros pasos en la sociedad, y tuvimos ocasion de ver; aquí hombres ilustres elevando su voz para dar lecciones al pueblo ignorante, allá oradores sublimes proclamando los legítimos derechos de una sociedad que yacía subyugada, acullá sacerdotes humildes predicando la caridad, hombres que se apellidaban protectores del huérfano; del desvalido; damas que sacrificaban sus galas, que marchitaban el brillo de su tez velando á la cabecera del enfermo; quedamos satisfechos del conjunto, y nuestra soñadora mente vió en aquellas mujeres ángeles del Señor y en aquellos hombres enviados de la Providencia; pero ¡ah! que despertamos de aquel ensueño demasiado corto por fortuna, y la impresion del despertar fué tan fuerte, que hizo caer de una vez para siempre la venda de nuestros ojos. Desde entonces dejamos de mirar gozosos el panorama que presenta el mundo, y hoy al fijar en él la vista, lo hacemos con profunda pena con amarga melancolía. Mas la claridad que al despertar hirió nuestros ojos en breve pareció pálida á nuestra alma, y se lanzó ávido en busca de mas luz, de claridad mas diáfana, y estudiamos con ahinco la vida de los séres en el hogar, penetrando como los invisibles hasta lo mas recóndito de sus retiros, y ¡ay! ¡cuántas veces hemos deseado dejar de ser para no sentir: más como si para nuestra alma hubiese sido un castigo la luz, hemos visto siempre aún cuando hayamos cerrado los ojos, las miserias de tantos séres que ante el mundo aparecen ricos de virtudes.

¿Por que nosotros, pigmeos del infinito, gota de agua perdida en el borrascoso mar de la vida, hemos tenido que observar esos terribles cuadros que se desarrollan en el hogar, siendo así que, léjos de poder darles otro colorido hemos tenido que permanecer ante ellos como mudos espectadores, y han permanecido al parecer, cuidadosamente ocultos á la vista de otros que quizá habrian podido extirparlos? Misterios del Eterno que no tratamos de escudriñar, porque sabemos que cada cosa en el orbe tiene su razon de ser.

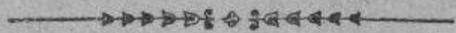
¡Cuánto, cuánto se aprende estudiando la sociedad en el seno de cada familia, y cuanto, cuanto sufre el alma al ver tantos séres estacionados que pueden marchar hácia la dicha sólo con un esfuerzo de voluntad.

Iluminemos el hogar doméstico con la antorcha del progreso, saquemos del estoicismo esa mitad del género humano, la mujer, y así concluirá de una vez la superchería de muchos, la hipocresía de algunos, la soberbia de tantos y el martirio lento de tantas víctimas que se consumen en los solitarios rincones de su mismo hogar.

Afirmemos nuestras teorías con nuestras prácticas, seamos modelo de cordura en nuestra vida íntima, y nuestra manera de ser será la leccion mas útil que podamos dar á las humanidades.

SIMPLICIA ARMTRONG DE RAMÚ.

Guayama, Agosto de 1854.



PENSAMIENTOS DE VÍCTOR HUGO.

Despertamiento de conciencia; prueba grandeza de alma.

Dios encierra algunas veces las ideas en ciertos hechos y en ciertos hombres, como se encierran en vasos los perfumes. Cuando el vaso cae, la vida se estiende.

Mas alegría habrá en el cielo para el rostro lloroso de un pecador arrepentido, que para la blanca túnica de cien justos.

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 8 y 10.